



LA LECTURA POPULAR

Año XLVIII

Orihuela 1 Octubre de 1930

Num. 1123

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

En el corro de los filósofos

El Milagro

El impío: Yo no creo en los milagros.

El católico: Yo, por el contrario, sí creo y firmemente en ellos.

El impío: El milagro no es necesario; y Dios, según vuestra misma doctrina; no hace cosas supérfluas.

El católico: El milagro es necesario para creer en Jesucristo y en su doctrina.

El impío: ¿Qué relación tiene el milagro con Jesucristo?

El católico: Es un motivo de credibilidad en El y en su doctrina.

El impío: ¿Por qué?

El católico: Jesucristo vino a este mundo a cumplir una misión o embajada del Padre.

El impío: ¿Y qué tiene que ver el milagro con esa misión o embajada?

El católico: Es la carta-credencial del Embajador.

Todo embajador lleva y presenta su carta-credencial que lo acredite. Los reyes y jefes de estado no envían a ningún embajador sin ese documento.

Jesucristo en su divina embajada al mundo, enviado por el Padre Eterno, que está en los cielos, necesitaba también su carta-credencial que lo acreditase y que de-

mostrase palpablemente a los hombres, que vivimos en la tierra y vemos con ojos de carne, que El traía una misión celestial y era real y verdaderamente el Embajador divino, tan deseado y ansiado y suspirado por las gentes...

Y esa manera de presentarse no puede dudarse que era la manera más conveniente al modo de ser y obrar de los hombres...

L. Almarcha

Salve, Madre sagrada del Verbo rosa sin espi- na, gloria del rosal.

En el orden físico, es decir, entre las cosas materiales, el objeto más hermoso y agradable es la flor, y por aclamación universal de todos los pueblos, la rosa es la reina de las flores; en el orden espiritual, es decir, entre todo lo que brota de la fecunda alma humana lo más precioso, dulce y divino es la oración, verdadera eflorescencia del conjunto de las humanas facultades, y de todas las oraciones que se han dirigido a María es reina la que el Arcángel san Gabriel, postrado ante la Virgen, pronunció por encargo del mismo Dios, al decirlo lo que ahora todo el pueblo cristiano conoce con el nombre de salutación angélica.

Cuando Santo Domingo ordenó el salterio mariano o sea el Rosario,

ofreciendo a María las ciento cincuenta *Ave Marias* de que consta, como el salterio de David tiene igual número de salmos, aquellas santas oraciones no podían ser figuradas materialmente de una manera más propia que por la rosa, y a la reunión de ellas, al conjunto formado con arte verdaderamente divino, al ramillete resultante, de derecho le tocaba el nombre de rosal o de corona de rosas, con las cuales se coronase la augusta frente de la celestial Princesa. Así la naturaleza física y la moral contribuyen a la gloria, pagan tributo a la excelsa criatura que es un prodigio en el orden de la naturaleza y en el de la gracia; acá en la tierra adornamos las imágenes de María en las iglesias y en nuestras casas con las rosas de nuestros jardines; y a la celestial Señora, sentada en la gloria en más alto trono que ninguno de los bienaventurados, enviamos los místicos saludos, los amorosos besos, según la expresión de San Bernardo, de las *Ave-Marias* que salen de lo más hondo de nuestro corazón.

El erudito P. Mamachi, al tratar de los orígenes del Rosario, tras unos versos, compuestos en los tiempos de la aparición del mismo, por un poeta de la Aquitania, en los que se pinta a santo Domingo, auxiliando a los guerreros que peleaban por la fe, en la iglesia en profunda oración a María santísima, tejiéndole coronas de rosas y presentándolas a Aquella, que más tarde fué llamada Auxilio de los cristianos.

Hasta aquí son palabras del precl-

risimo obispo español Torras y Bages. Las que siguen son del santo escritor San Alfonso María de Liguorio.

Como es notorio, la devoción del santísimo Rosario fué revelada a Santo Domingo por la Divina Madre, cuando, afligido el Santo y lamentándose a su Reina del grande daño que los hereges albigenses a la razón causaban a la Iglesia, le dijo: «Este terreno será siempre estéril si no descendiere sobre él la lluvia.» Entendió Santo Domingo por esta lluvia la devoción del Rosario que el había de publicar. Efectivamente, el Santo predicó por todas partes esta devoción y los católicos la abrazaron, de manera que en la actualidad no hay devoción más general entre los fieles, cualquiera que sea su condición. ¿Qué no han dicho los hereges Calvino, Lutero y otros para desacreditar el Rosario? Mas es conocido el gran bien que esta augusta devoción ha reportado al mundo. ¡Cuántos por ella se libraron de sus pecados! ¡cuántos se convirtieron a una santa vida! ¡cuántos tuvieron una buena muerte y se salvaron! Léanse sino la multitud de libros que tratan de él, y baste saber que la iglesia ha aprobado esta devoción y los sumos pontífices la han enriquecido de indulgencias...

Y León XIII, después de cantar las excelencias del Rosario establece:

Para «el mes de Octubre en el cual se celebra en el orbe católico la fiesta de Nuestra Señora del Rosario establecemos y praeceptuamos que desde el 1.º de Octubre hasta el 2 de Noviembre en todos los templos y capillas dedicadas a la Madre de Dios o en las que elija el Ordinario, se recen diariamente al menos cinco decenas del rosario y las letanías; si es después de mediodía se expondrá el Santísimo a la adoración de los fieles y se verificará la aspersion según las rúbricas. Deseamos que las Cofradías del Santísimo Rosario, en todas partes donde las leyes consientan, salgan en procesión solemne por las calles haciendo pública profesión de fe.»

Contra Avaricia, Largueza

Buen muchacho, lo era Mauricio, a carta cabal. Su buen corazón, su grande ánima y su noble proceder, disculpaban muy bien algo de frivolidad, de aturdimiento y de vehemencia, que en el famoso joven concurrían y se daban la mano para contribuir a formar lo que el mundo llama un buen muchacho, sin más distingos ni más rodeos.

Una noche, Mauricio, logró a fuerza de mimos y de retrecheras, que su madre le diese un duro, para asistir al gran concierto que se preparaba en el teatro.

Mauricio gustaba mucho de la buena música, y asistir a aquel concierto era para él una verdadera felicidad, una dicha, un placer, que —camino del teatro— saboreaba por adelantado canturreando no sé que motivo musical de no sé cual obra de las que habrían de ser ejecutadas por reputadísimos profesores.

Tan absorto y tan entusiasmado caminaba mi hombre, que faltó poco para que saltase asustado, al ver ante sus ojos la escuálida mano de un mendigo, que medio oculto en las sombras de una rinconada, clamaba con pañidera vez.

—«¡Por el amor de Dios, señores!» —añadiendo al encararse con Mauricio: —«¡Caballero, para mis pobres hijos, que los tengo aún sin desayunarse!»...

—«¡Vaya por Dios, hombre!» —contestó Mauricio entregando al mendigo una moneda de diez céntimos y continuó su camino, barajando en su cabeza las palabras del anciano. —«¡Sin desayunarse!... ¡Caramba! ¡Buen concierto tendrá ese pobre hombre en su casa! ¡Está sí que será una gran obra a voces solas! ¡Una verdadera lamentación!... ¡Pobre hombre!... ¡La verdad es que es un pecado que yo me gaste un duro en música, cuando este desgraciado hermano mío tiene en su casa tanta precisamente por no tener este duro!...»

Siguió andando. La tentación deslizaba en su oído palabras dulcísimas, y la voz de la Caridad enmudecía momentáneamente para volver con sus

exhortaciones a acariciar el alma del joven filarmónico.

De pronto, éste, dió media vuelta, volvió la espalda al teatro, a cuyas puertas se agolpaba inmenso gentío y exclamó.

¡Es pecado! ¡Es un verdadero pecado!

Llegó otra vez al sitio en que se agolpaba el postulante; acercóse a él y éste, creyéndole un nuevo transeunte, repitióle su cantinela:

—«Sí ya lo sé —respondió el mozo— Por eso vuelvo. Tome usted. Tape con este duro, que iba a gastarme en música, las bocas de sus triples y de sus tenores. No tengo más. Esta noche ni usted ni yo tendremos concierto. ¡Ya estamos iguales, y vaya todo por el amor de Dios.»

—«Pero...» —balbuceó el anciano.

—«¡No hay pero que valga! ¡Váyase usted y dé de comer a sus pobres hijos.»

—«¡Mis hijos!» —murmuró el anciano con extraño acento. —«¡Mis hijos!... ¿Y usted, joven, se priva de su diversión por... mis hijos?»

—«¡Claro está! Por sus hijos y por Dios. Pues, qué, ¿no merece Dios este pequeño sacrificio? ¡Créame usted, hermano; el dinero se vá! ¡Soló Dios queda...»

—«¡El dinero se vá!...» «¡Soló Dios queda!...» —repitió el mendigo casi desfalleciendo.

—«¿Qué es eso? ¿Se pone usted malo?»

—«¡Oh, sí! ¡Sí, señor; muy malo!... ¡Cómo que no sé si podré salvarme!»

—«¿Qué dice usted?»

—«No puede usted comprenderme, joven. Es imposible... ¿Quiere usted acompañarme? Venga usted, ¡Le enseñaré mis hijos!...» —y el mendigo recalcó estas últimas palabras

—«Vamos, puesto que usted lo quiere.»

—«¡Sígame usted!»

—«Esta es mi casa dijo el anciano— así que hubieron penetrado en una reducida y destartada habitación. Esta es mi cara, añadió despojándose de su luenga y macilenta barba. —«Estos son mis hijos, —terminó, indicando con la mano tres grandes arcones provistos de sendas y fortísimas cerraduras.»

—Veo y comprendo—prosiguió—la admiración de usted, amigo mío! Mayor ha sido y más saludable, quizá, la que usted me ha causado esta noche con su desprendimiento y su confianza en Dios!... Tome usted su duro, y perdóneme que le haya hecho perder su concierto.....

—Mire usted—continuó el transformado viejo—estos arcones son mis hijos. Mis hijos, por quienes me desvivo, luto y me consumo. Mis hijos por quienes sin la misericordia de Dios y sin el socorro de usted me hubiera condenado. Va usted a verlos..... Tendrá usted concierto... ¡Un concierto digno de un rey!...

El anciano sacó de su bolsillo un manojo de gruesas llaves y con dos de ellas abrió las cerraduras de uno de los arcones, alzando dos pesados barrotes que lo abrazaban.

—Véa usted éste, dijo—Es el primogénito.

Inclinóse Mauricio y vió dentro del cofre grandes rollos de papeles; legajos numerados y paquetes de cuartillas manuscritas.

—Este es el segundo—añadió el anciano, abriendo otra de las arcas.

Dentro de ellas vió Mauricio con asombro un revoltijo de alhajas de gran valor; candelabros, cubiertos, crucifijos de plata, estuches que debían proteger joyas valiosísimas, y un bastón en el que estaban ensartadas hasta un centenar de ricas sortijas y de preciosos y delicados pasadores de pedrería....

—Y este es el heredero de los otros dos; el más jóven; el Benjamín de mi casa; el hijo predilecto...—terminó el mendigo abriendo el tercer arcón y mostrando su contenido.

Mauricio inclinóse para verlo, y hallólo repleto de brillantes monedas de oro; mar de fuego sobre cuyas dormidas cndas flotaban algunos fajos de billetes de Banco.—Mírelo usted; tóquelo, convénzase de que no sueña...

Tomó Mauricio un fajo de billetes y parecióle que estaban impregnados de humedad.

—Son lágrimas,—adelantóse a decir el viejo—es sudor, es sangre... Tóque usted ese oro; esas monedas...

—Mojadas también!

—Sí; mojas, empapadas... imás lágrimas; más sangre; más sudor!... Y sudor, sangre y lágrimas son esas onzas que usted contempla atónito; y esas alhajas que usted ha mirado; y esos legajos de papeles que usted ha visto... ¡Sudor, sangre, lágrimas!.. ¡Estos son mis hijos!...

—¿Pero usted? balbuceó Mauricio espantado—¿quién es usted?...

—¡Yo, señor! Yo soy un avaro; un usurero, un prestamista sin Dios, ni ley; un infame!...

Oígame usted, jóven, aquí hay encerrado mucho vicio, es cierto; pero yo lo he fomentado, yo lo he explotado, yo lo he favorecido. Fuera de esto, aquí, no hay más que lágrimas, imuchas lágrimas! ¡sudores! ¡muchos sudores! ¡sangre! ¡mucha sangre! Estas riquezas amontonadas por mí, hundieron en la desolación en la miseria, en la muerte.. en el presidio a muchas familias y a muchos desgraciados... Aquí hay desesperaciones, crímenes, blasfemias, condenaciones...., ¡Aquí está mi obra! Estos son mis hijos!... ¡Dios sin duda me envió a usted esta noche! ¿Por qué mi corazón, insensible a las lágrimas, á los ruegos, a las amenazas, se conmovió al oír hablar a usted? ¿Cómo sus palabras han inundado mi alma de esperanza, y han hecho que en un segundo reniegue de mis afanes constantes de toda la vida?... ¡Dios mío!

—¿Será posible que haya yo merecido que te acuerdes de mí?...

—¡Todo lo repartiré, todo! Me quedaré pobre; *pobre de verdad*; se lo juro a usted. ¡Es un voto que hago ahora mismo para todo el resto de mi vida!... Remediaré en lo posible el daño causado... Perdono a todos mis deudores! pobres gentes!—y así, Dios, podrá perdonarme, ¿no es cierto? ¿Es verdad que Dios me perdonará?

—Confíe usted en Dios, amigo mío. Su vida de hoy lavará las manchas que en su vida de ayer arrojó ese pecado horrendo que se llama avaricia, y de quién usted ha sido el primer esclavo. Confíe usted en Dios; árrepiéntase y persevera. No desista usted de su hermoso propósito. ¡Animo, amigo mío! Yo ayudaré a usted en todo cuanto pueda.

—Gracias, salvador mío, gracias—contestó llorando el anciano.—Usted va a empezar esta buena obra.... Tóme usted esto; quémelo! Son recibos de préstamos; pagarés, villanías mías! ¡A las llamas! ¡Ya están cobrados!... Tome usted la lista de mis deudores y cantidades que me adeudan. ¡A las llamas también! ¡Ya pagaron! ¡Sólo yo soy aquí el gran deudor! ¡Yo sólo ocupo toda la lista!....

Y el pobre viejo, llorando como un sinventura, arrojaba papeles, que representaban un dineral, a las rastreras llamas que consumían el primer legajo incendiado por Mauricio.

Dios ayudó en su empresa al arrepenido usurero. Dióle tiempo para repartir los tesoros allí almacenados, empleándolos en espléndidas obras de caridad; dióle tiempo para restituir lo que aún pudo restituirse; dióle tiempo para arrepentirse y perseverar; dióle tiempo para cumplir, mendigando, la penitencia que él mismo se impuso; el voto hecho en aquella noche memorable... y después, para terminar Dios su obra lo llamó a Sí.

Vicente Díez de Tejada

CASOS Y COSAS

Kruspkaya es la viuda de Lenine. ¡Oh la viuda de Lenine!

Los bolcheviques que han roto las estatuillas sagradas tan veneradas del pueblo ruso, doblaban la rodilla ante la mujer del revolucionario como si fuese un sagrado ícón.

Los jefes decían al pueblo rojo:

—¡Venerad a Kruspkaya!

Y la célebre mujer iba paseando por Rusia su majestad de reina viuda.

Los rublos, los tan maldecidos rublos del capitalismo, tampoco le eran esquivos a la viuda de Lenine.

El austero revolucionario había procurado por el futuro de su mujer amada y le había asegurado unas rentas... Nada más natural a la previsión del ser inteligente.

Los sectarios de Lenine velaron también por la afortunada Kruspkaya y le concedieron una viudedad correspondiente a la alta categoría de espo-

sa del gran revolucionario... Kruskaya llevaba espléndidamente su papel de majestad viuda...

Pero ¡ay! a Kruskaya se le ha subido a la cabeza la espuma del vinillo de la gloria.

Le ha parecido que su papel no era el de majestad muda... ¡Mujer y muda...!

Y Kruskaya ha hablado...

Se ha dirigido a los gobernantes rusos y les ha dicho:

—Vosotros no teneis el espíritu de mi Lenine... Vuestra política agraria va contra los principios de la sagrada revolución roja...

Y para que nadie dude de que es la viuda de Lenine la que habla y para que no ahoguen su voz con músicas y estampidos de pólvora y vivas ruidosos lo ha dicho por escrito en un opúsculo que ha puesto a la venta...

Nunca que tal hubiera hecho.

Los bolcheviques que estan encaramados en el poder se han rasgado las vestiduras..., y han crispado los puños y han fruncido el entrecejo y han gritado furiosos:

—¡Fuera, fuera esa mótome en todo!

Y el periódico bolchevique «Právda» sin reparar en que el mundo entero se iba a enterar escribe:

—«Se debe proceder inmediatamente a privar a esa señora de todas las sinecuras que disfruta en atención a su esposo...»

¡Kruspkaya! ¿creías en la libertad rusa?

— ¡Ea, ya no hay censura!

Y cómo se han alborozado los periódicos.

Unos justamente. Recordamos que en una ocasión nos tacharon un artículo contra el bolchibiquismo... porque se ofendía a un poder constituido.

Y de esos botones los hay a docenas.

Otros periódicos se alborozan porque ya hay libertad de ser mal educados... Hay muchos, muchos periodistas, que si no faltan a las reglas de la más elemental educación no saben escribir.

Hay otros que si no muerden tampoco saben escribir: son los perros de la pluma; canes flacos chupados por la

envidia; canes rabiosos infiltrados de virus; canes sanguinarios mezcla de lobos, que se exaltan en presencia de toda persona que... no lleve látigo.

¡Alborozaos!

El 20 de Septiembre en Italia era una fiesta garibaldina, fiesta de masones y demás gente impía, que celebraban en esa fecha, no la unidad de Italia, sino la espoliación de los Estados Pontificios y la humillación del Papa.

Ese día se hablaba más de los cañones que abrieron brecha en la Puerta Pia que de la grandeza de Italia.

El emblema de esa fiesta lo constituye un grupo escultórico levantado detrás del Vaticano en el que varias figuras apuntan con sus fusiles a la cúpula de S. Pedro.

El 20 de Septiembre es una fiesta antirreligiosa, antipontificia, antipapista...

Mussolini la ha abolido y ha ordenado que la fiesta de la unidad de Italia se celebre junta con la reconciliación con el Papa en la firma del Tratado de Letran, el 11 de Febrero.

Y muy justamente, aun dentro del criterio de los defensores de la unidad italiana.

Italia no ha sido una, hasta la fecha del tratado de Letrán.

Existia la unidad bruta creada por la fuerza; pero no la unidad del derecho.

Veinte exministros liberales intentan traer a Alba a la Presidencia del Consejo de Ministros.

Y a ese efecto quieren nombrar jefe del partido, o sea hornero mayor a Villanueva.

De seguro que la masa se les hace agria... antes de llevarla al horno, y los ansiados panecillos del presupuesto no habrá quien se los coma.

Aunque tanto es el hambre, que agrios y todo son capaces de engullirlos.

A. Hernán

¿Eres católico tu?

Católico? Y no tienes un pensamiento para Dios.

Católico? Y no piensas nunca en tu alma.

Católico? Y no tienes nunca una oración sobre tus labios.

Católico? Y profanas el nombre santo de Dios, Jesucristo y de la Virgen.

Católico? Y pierdes la misa por una nonada o asistes a ella charlando.

Católico? Y no comulgas ni siquiera en tiempo pascual.

Católico? Y trabajas los días festivos lo mismo que en los otros.

Católico? Y te burlas de Dios, de la Iglesia, del Papa y haces chacota de los sacerdotes y del párroco.

Católico? Y detestas la penitencia y te entregas solamente a tus caprichos y los satisfaces.

Católico? Y niegas el infierno, la vida futura y la justicia de Dios.

Católico? Y vives como pagano, de palabras y de obras. No, no, mil veces no, no eres católico, sino un juguete, un desgraciado situado sobre el borde del abismo...

Recapacita, abre los ojos y evita el peligro que se cierne sobre tu cabeza como la espada de Dámocles.

OBRAS

DE

D. Adolfo Clavarana

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8. prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot. 3—Orihuela.

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.